

hielo, y verá en algunas de éstas enormes bloques de rocas arrastradas lejos de su punto de origen.

Otra gran isla bajo la latitud de la Escocia meridional, pero doblemente retirada al Oeste, estaría «casi enteramente cubierta de nieves perpetuas»; cada una de las bahías que penetrase en esta isla, estaría terminada en ventisqueros desde donde se desprenderían todos los años grandes masas, y no produciría su suelo más que musgos, hierbas y pimpinellas; por todo habitante terrestre no tendría más que un pajarillo. De nuestro nuevo cabo de Hornos, en Dinamarca, partiría, extendiéndose directa hacia el Oeste, una cadena de montañas de menos de la mitad de la altura de los Alpes, y al lado occidental de esta cadena terminarían todos los golfos y ancones por inmensos ventisqueros. Estos estrechos solitarios resonarían siempre con el estruendo de la caída de los hielos, y olas tremendas harían estragos increíbles á lo largo de las costas; numerosas montañas de hielo, tan grandes, á veces, como catedrales, y cargadas, en no pocas ocasiones, con enormes bloques de rocas vendrían á chocar contra los islotes inmediatos; en ciertas épocas, violentos terremotos proyectarían en las aguas monstruosas masas de hielo. Por último, tratando de penetrar unos misioneros en cierto brazo de mar, verían descender ríos de hielos desde las montañas poco elevadas hasta el mar, con témpanos flotantes, unos grandes y otros pequeños, que detenían á cada paso sus embarcaciones; ¡y esto sucedería el 22 de Junio, exactamente en el punto en que se encuentra el lago de Ginebra!

CAPITULO XII

Valparaíso.—Excursión al pie de los Andes.—Conformación del suelo.—Ascensión á la Campana de Quillota.—Masas de grés fraccionado.—Inmensos valles.—Minas.—Condición de los mineros.—Santiago.—Baños calientes de Cauquenes.—Minas de oro.—Molinos para pulverizar.—Piedras perforadas.—Costumbres del puma.—El turco y el tapaculo.—Pájaros-moscas.

Chile central.

23 de Julio.—El *Beagle* echa el ancla durante la noche en la bahía de Valparaíso, puerto principal de Chile. Al rayar el alba subimos al puente. Acabamos de dejar la Tierra del Fuego. ¡Qué cambio! ¡Qué delicioso nos parece aquí todo! ¡Es tan transparente la atmósfera! ¡Es el cielo tan azul! ¡Brilla el sol tanto! ¡Rebosa tanta vida toda la naturaleza! Desde el punto en que hemos anclado, la vista es preciosa. Está edificada la ciudad al pie de una colina bastante escarpada y de unos 1.600 pies (480 metros) de elevación; por consecuencia de esta altura no es Valparaíso más que una calle larga paralela á la costa; pero por cada cortadura que se abre en los costados de la colina trepan las casas á uno y otro lado. Escasa vegetación cubre estas colinas redondeadas, por lo que los rojos costados de los cortes que las separan resplandecen con viveza á los rayos del sol. El color del terreno, las casas bajas y blanqueadas con cal y cubiertas con

tejas me recuerdan mucho á Santa Cruz de Tenerife. Hacia el Nordeste hay un hermoso horizonte sobre los Andes, pero que se ve mucho mejor desde lo alto de las colinas próximas; desde allí puede juzgarse mejor de la gran distancia á que están situadas, y el golpe de vista resulta espléndido. El volcán de Aconcagua presenta un aspecto soberanamente grandioso. Esta inmensa masa irregular alcanza mayor altura que el Chimborazo; porque según las observaciones hechas por los oficiales del *Beagle*, se eleva á 23.000 pies (6.900 metros). Sin embargo, vista desde este punto debe la Cordillera gran parte de su belleza á la atmósfera á través de la cual se la contempla. ¡Qué admirable espectáculo el de estas montañas, cuyas formas se destacan sobre el azul del cielo, y cuyos colores revisten los tintes más vivos cuando el sol se oculta por el Pacífico!

Tengo la fortuna de encontrar á uno de mis antiguos compañeros de colegio, Mr. Richard Corfield, que vive hoy en Valparaiso, y gracias á su afecto y cordial hospitalidad, fué un verdadero encanto mi estancia en Chile todo el tiempo que el *Beagle* permaneció en aquel país. Los alrededores de la ciudad ofrecen poco interés al naturalista. Durante el largo verano sopla con regularidad el viento del Sur y un poco de tierra, de tal modo que no llueve nunca; por el contrario, durante los tres meses de invierno son las lluvias muy abundantes. Estas largas sequías tienen grande influencia sobre la vegetación, que es muy rara; no hay árboles más que en los valles profundos y no se encuentran sino algunas hierbas y escasos zarzales en las partes menos escarpadas de las colinas. Pensando que sólo 350 millas (563 kilómetros) más al Sur todo este lado de los Andes se halla por

completo cubierto de impenetrables bosques, no se puede menos de experimentar profunda extrañeza. Doy por los alrededores de la ciudad largos paseos en busca de objetos interesantes bajo el punto de vista de la Historia Natural. ¡Qué admirable país para la marcha! ¡Qué esplendidez de flores! Como en todos los países secos, las mismas breñas son muy aromáticas; sólo de pasar entre ellas se perfuman las ropas. Me extasiaba cada día que amanecía tan hermoso como el anterior. ¡Cuán inmensa diferencia no trae consigo un buen clima en la felicidad de la vida! ¡Cuán contrarias son las sensaciones que se experimentan á la vista de una cadena de montañas negras, medio envueltas en nubes, y la de otra cadena que se contempla sumergida en la pura atmósfera de un hermoso día! El primer espectáculo puede, durante cierto tiempo, parecernos grandioso, sublime; pero el segundo nos encanta y despierta en nosotros impresiones llenas de alegría y de ventura.

14 de Agosto.—Salgo para una excursión á caballo; voy á estudiar la geología de la base de los Andes, única parte de estas montañas que en la actual época del año no está cubierta por las nieves del invierno. Durante todo el día nos dirigimos hacia el Norte á lo largo de la costa. Llegamos muy tarde á Quintero, propiedad que perteneció en otro tiempo á *lord* Cochrane. Mi objeto al venir aquí es visitar las grandes capas de conchas situadas á pocos metros sobre el nivel del mar y que hoy quemán para convertirlas en cal. Es evidente que toda esta línea de costas ha sido levantada. Hay gran número de conchas que parecen muy antiguas á una altura de varios cientos de pies; hasta á 1.300 pies de elevación he encontrado algunas. Se hallan esparcidas acá y acullá por la superfi-

cie ó empotradas en una capa de tierra vegetal rojo-negrucza. Examinando esta tierra al microscopio, me ha sorprendido ver que era de formación marina y llena de multitud de partículas de cuerpos organizados.

15 de Agosto.—Nos dirigimos hacia el valle de Quillota. El país es muy agradable; un poeta le llamaría, sin duda, *pastoril*: grandes prados de aterciopelados verdes, separados por valles donde serpentean arroyos; acá y allá apriscos de corderos en las pendientes de las colinas. Tenemos que atravesar la cresta del Chilicauquen. En su base encontramos magníficos árboles de hoja perenne, pero que no crecen más que en las quebradas donde hay agua corriente. El que no haya visto más que los alrededores inmediatos de Valparaíso, no podrá creer que hay sitios tan pintorescos en Chile. Al llegar á la cumbre de la sierra se abre á nuestros pies el valle de Quillota. El golpe de vista es admirable. Es este valle ancho y llano, lo cual facilita su riego por todas partes. Los jardinitos cuadrados en que se divide están llenos de naranjos, olivos y legumbres de todas clases. A cada lado se levantan inmensas montañas desnudas, produciendo fuerte contraste con los hermosos cultivos del valle. El que dió á la ciudad próxima el nombre de *Valle del Paraíso* debió pensar en Quillota. Atravesamos el valle para dirigirnos á la hacienda de San Isidro, situada al pie del monte de la Campana.

Como puede verse en los mapas, Chile es una cinta de tierra situada entre la Cordillera y el Pacífico. Esta faja está atravesada, además, por varias cadenas de montañas que en esta parte son paralelas á la principal. Entre las cadenas exteriores y la Cordillera hay una serie de depresiones planas en las cuales se han

situado las principales poblaciones: San Felipe, Santiago, San Fernando. Estas depresiones ó llanos, si agrada más este nombre, lo mismo que los valles transversales (como el de Quillota) que las unen á la costa, estoy persuadido de que son fondos de antiguas bahías semejantes á las que en la actualidad entrecortan todas las regiones de la Tierra del Fuego y de la costa occidental más al Sur. Chile debe haberse parecido en lo antiguo á este último país por la distribución de la tierra y de las aguas. De cuando en cuando se patentiza más esta semejanza, sobre todo si viene una niebla espesa á envolver como en un manto las partes inferiores del paisaje; los vapores blancos enrollándose en las quebradas de la sierra representan muy al vivo otras tantas bahías y pequeñas abras, mientras que emergen de la bruma, aquí y allí, colinas solitarias simulando islas. El contraste de estas depresiones planas y estos valles con las irregulares montañas que los rodean, da al paisaje un carácter que no he encontrado en parte alguna y me interesa en extremo.

Las llanuras se inclinan, naturalmente, hacia la costa, lo que las conserva muy bien regadas, y, por lo tanto, muy fértiles. Sin ese riego, no produciría nada la tierra; porque durante el verano ni una sola nube empaña la pureza del cielo. Esparcidos por las montañas y colinas se encuentran algunos árboles miserables, pero, fuera de éstos, apenas hay vegetación. Cada propietario tiene en el valle cierta parte de colina donde sus ganados, medio salvajes, proveen á su subsistencia, por grande que sea su número. Una vez al año se hace lo que llaman un *gran rodeo*, esto es: hacen bajar todos los animales al valle, los cuentan, los marcan y separan algunos para engordarlos en pra-

dos artificiales. En estos valles se cultiva mucho trigo y maíz, aunque el principal alimento de los campesinos es una especie de haba. Los huertos producen melocotones, higos y uvas en abundancia. Con todas estas ventajas deberían gozar los habitantes del país de mucha más prosperidad de la que en realidad disfrutan.

16 de Agosto.—El mayordomo de la finca tiene la amabilidad de facilitarme un guía y caballos de refresco, y salimos temprano para hacer la ascensión á la Campana, ó monte de la Campana, que tiene una altura de 6.400 pies (1.920 metros.) Los caminos son fatales, pero las particularidades geológicas y el espléndido paisaje que á cada momento se descubre compensa con mucho nuestra fatiga. Por la tarde llegamos á un manantial llamado el *Agua del Guanaco*, situado á considerable altura. El nombre de este manantial debe ser muy antiguo, porque hace muchos años que no ha venido á restablecerse con estas aguas ningún guanaco. Observo durante la ascensión que en la vertiente septentrional no crecen más que espinos, mientras que la meridional está cuajada de bambúes de 15 piés de elevación. En algunos puntos hay palmeras, y me sorprende mucho hallar una á 4.500 pies (1.350 metros). En relación con la familia á que pertenecen, son estas palmeras harto miserables árboles. Su tronco, muy grueso, afecta una forma curiosa: es más grueso en el centro que en la base y vértice. En ciertos puntos de Chile se los encuentra en gran número y son muy apreciados por razón de una especie de melaza que de ellos se extrae. En una finca cerca de Petorca han tratado de contarlos; pero renunciaron al propósito después de llegar á varios cientos de miles. Todos los años al comenzar la pri-

mavera, en el mes de Agosto, se cortan muchos, y cuando están los troncos en el suelo se les quitan las hojas de la copa, y entonces corre la savia por su extremo superior; sigue fluyendo por espacio de meses á condición de quitar cada mañana una nueva capa ó rodaja del tronco, de modo que quede al aire libre una superficie nueva. Un árbol bueno produce 90 galones (410 litros); cantidad de savia que debía contener el tronco á pesar de su aparente sequedad. Se dice que la savia corre tanto más deprisa cuanto más calienta el sol; y aseguran también que al cortar el árbol hay que procurar hacerle caer de modo que tenga la base más baja que la copa, porque si no corre la savia; sin embargo, parece que en el caso contrario debía la gravedad facilitar la salida. Concentrada por ebullición esa savia toma el nombre de *melaza*, substancia á la cual se parece mucho por el gusto.

Detenemos nuestros caballos cerca del manantial y nos preparamos para pasar allí la noche. La tarde es deliciosa y tan clara la atmósfera, que distinguimos como rayas negras los mástiles de los barcos anclados en la bahía de Valparaíso, aun cuando nos hallamos á 26 millas geográficas por lo menos de aquel punto.

Un barco que dobla la punta de la bahía á velas desplegadas se nos representa como un punto brillante blanco. Anson se extraña mucho en su *Viaje* de que hayan visto sus barcos desde tanta distancia de la costa; pero es porque no consideraba la altura del terreno y la gran transparencia de la atmósfera.

La puesta del sol es hermosísima; se sumergen los valles en la obscuridad mientras que los picos nevados de los Andes se colorean de tintes rosados. Cuando cierra por completo la noche hacemos fuego bajo una cunita de bambúes; asamos nuestro charqui (trozo de

vaca desecado), tomamos nuestro mate y nos sentimos satisfechos. Tiene un encanto inexplicable el vivir así al aire libre. La noche es tranquila; de cuando en cuando se oye el grito agudo de la liebre de las montañas ó la quejumbrosa nota del chotacabras. Fuera de estos animales, pocos pájaros ni insectos frecuentan estos montes áridos y secos.

17 de Agosto.—Trepamos por los inmensos bloques de grés que coronan la cima de la montaña. Como es muy general, se hallan estas rocas hendidas y rotas en fragmentos angulosos de gran tamaño; pero observo, sin embargo, un fenómeno notable: las superficies de sección presentan todos los grados de frescura; diríase que algunos bloques se habían roto la víspera, mientras que otros, por el contrario, alojaban líquenes jóvenes, y otros, musgos muy viejos. Tan perfectamente convencido estaba de que estas fracturas procedían de temblores de tierra muy numerosos, que á pesar mío me alejé de todos los bloques que no me parecían muy sólidos. Es fácil, sin embargo, engañarse respecto de un hecho de esta naturaleza, pero no me convencí por completo de mi error hasta después de haber subido al monte Wellington en la Tierra de Van-Diemen, donde nunca hay terremotos. Los bloques que forman la cumbre de esta montaña están también rotos en pedazos, pero en este punto podría decirse que las fracturas se han producido hace millares de años.

Pasamos el día en la cima del monte, y nunca me ha parecido el tiempo más corto. Chile se extiende á nuestros pies como un panorama inmenso limitado por los Andes y el Océano Pacífico. Por sí mismo es admirable el espectáculo, pero el placer que se experimenta lo acrecientan las numerosas reflexiones que sugiere

la vista de la Campana y las cadenas paralelas, del mismo modo que el anchuroso valle de la Quillota que las corta en ángulo recto. ¡Quién podría dejar de admirarse pensando en la potencia que ha levantado estas montañas, y más todavía en los innumerables siglos que se han necesitado para romper, trasladar y aplanar partes tan considerables de estas colosales masas!

Bueno es recordar en este caso las inmensas capas de guijarros y de sedimentos de la Patagonia, que en tantos miles de pies aumentarían la altura de las cordilleras si se las apilase sobre ellas. Cuando estaba en Patagonia me admiraba de que se hubiese hallado cadena de montañas bastante grande como para proporcionar tamañas masas, sin desaparecer en absoluto. No hay que dejarse arrastrar ahora por la admiración contraria, dudando que el tiempo todopoderoso no llegue á convertir en lodo ó guijarros estas mismas gigantescas cordilleras.

Los Andes se me representan bajo un aspecto enteramente distinto del que esperaba. El límite inferior de las nieves es horizontal y los vértices iguales de la cadena parecen ser del todo paralelos hasta esa línea. Sólo á largos intervalos, un grupo de puntas ó un cono aislado, indica el emplazamiento de un antiguo cráter ó un volcán todavía en actividad. Por esto la cadena de los Andes se parece á un inmenso muro coronado de trecho en trecho por una torre; este muro limita de un modo perfecto el país.

Por doquiera que se vuelva la vista se encuentran agujeros de minas; la fiebre de las minas de oro, en Chile, es tal, que no ha quedado parte del país sin explorar. Paso la tarde como la víspera charlando al amor de la lumbre con mis dos compañeros. Los gua-

tos de Chile son como los gauchos de las Pampas, pero en suma resultan muy diferentes. Chile está más civilizado, y, por lo tanto, sus habitantes han perdido mucho de su carácter individual. Las gradaciones de rango son aquí mucho más marcadas; el guaso no considera á todos los hombres como iguales suyos, y me ha sorprendido ver que á mis compañeros no les gustaba comer al mismo tiempo que yo. Este sentimiento de desigualdad es consecuencia necesaria de la existencia de una aristocracia del dinero. Se dice aquí que hay grandes propietarios que tienen de 125 á 200.000 francos de renta anual. Esta desigualdad de fortunas no existe, creo, en los países en que se crían los ganados al Este de los Andes. El viajero no encuentra aquí ya aquella hospitalidad incondicional que hacía rehusar todo pago y que se ofrecía de tan buena voluntad que no había escrúpulo alguno en aceptarlo. Casi en todas partes se recibe en Chile por la noche, pero se espera que se dé algo al salir por la mañana, y hasta las personas ricas aceptan sin reparo dos ó tres francos. El gaucho es un caballero, siendo tal vez un asesino; el guaso, preferible bajo ciertos puntos de vista, no es nunca más que un hombre ordinario y vulgar. Aunque estas dos clases de hombres tengan casi las mismas ocupaciones, sus costumbres y su traje difieren; las particularidades que los distinguen son, además, universales en los dos países respectivos. El gaucho parece que forma cuerpo con su caballo; se avergonzaría de ocuparse de cualquier cosa, no yendo montado; al guaso puede contratársele para trabajar en el campo. El primero se alimenta exclusivamente de carne, el segundo casi sólo de legumbres. Ya no se ven aquí las botas blancas, los pantalones anchos, la chilipa encarnada, que constituyen el pin-

toresco traje de las Pampas; en Chile llevan polainas de lana verde ó negra para proteger los pantalones ordinarios. El poncho, sin embargo, es común á los dos países. El guaso cifra todo su orgullo en las espuelas, que son ridículamente grandes. He tenido ocasión de ver espuelas cuya roseta tenía seis pulgadas de diámetro y armada de treinta puntas. Los estribos suelen ser de proporciones análogas; cada uno consiste en un tarugo de madera cuadrado, vaciado y esculpido, que pesa por lo menos tres libras ó cuatro. El guaso se sirve del lazo, mejor todavía quizá que el gaucho, pero la naturaleza de su país es tal que no conoce las bolas.

18 de Agosto.—Al bajar de la montaña atravesamos algunos sitios encantadores, donde hay arroyos y árboles magníficos. Paso la noche en la hacienda en que estuve antes; y por espacio de dos días remonto el valle, atravieso la Quillota, que es una sucesión de verjeles más bien que una población. Estas huertas son admirables; en todas hay melocotoneros en flor; veo también palmeras en dos ó tres puntos; son estos árboles magníficos y harán un efecto soberbio cuando se les vea en grandes grupos en los desiertos del Asia ó de Africa. Atravieso á San Felipe, linda población, pequeña y parecida á Quillota. El valle forma aquí una de esas bahías ó llanuras que se extienden hasta el mismo pie de la Cordillera; ya he hablado de ellas como uno de los rasgos característicos del paisaje chileno. Por la tarde llegamos á las minas de Jajuel, situadas en una quebrada, en la falda de la gran cadena, y permanezco allí cinco días. Mi huésped, vigilante de la mina, es un minero de Cornouailles muy astuto, pero muy ignorante. Se ha casado con una española y no tiene intenciones de volver á Inglaterra;